

muchos que ignoraron el complot hasta que la prensa lo hizo público; otros, que antes y después del 20 de noviembre permanecieron, en apariencia, indiferentes y fueron revolucionarios de corazón, aunque no de acción; y, finalmente, otros que se volvieron contra la Revolución y trataron de denigrar á los que habían llamado correligionarios.

Hemos dicho que el 12 de Octubre salió de México el Lic. D. Federico González Garza, Presidente del Comité Ejecutivo del Centro Anti-reeleccionista, rumbo á los Estados Unidos; J. de la Luz Soto también había dejado la Capital; prominentes propagandistas hallábanse presos, en mazmorras de Belén, desde la jornada del 11 de Septiembre; preparando la insurrección, se encontraban fuera de México, los Sres. Sánchez Azcona, Ing. Manuel Urquidi, Octavio Bertrand, todos ellos de la Mesa Directiva del Comité. Estas circunstancias, y sobre todo, el hecho de que el Jefe nato del Partido Anti-reeleccionista y con él la mayoría del partido habíanse lanzado á la revolución, asientan, con la firmeza incommovible de los hechos consumados, esta realidad: no existía ya el Centro Anti-reeleccionista; lo único que podía existir en la Capital y que había era una Junta Revolucionaria. Sin embargo, dos ex-vocales del Comité Ejecutivo Electoral y otros diez ó doce anti-reeleccionistas, se reunieron una bella mañana, y por sí y ante sí, distribuyéronse los puestos de una usurpada Mesa Directiva. Acto contínuo, y en el mismo *Diario del Hogar* de que se sirvió el Dr. Vázquez Gómez, publicaron un artículo en que atacaron á la Revolución y á sus hombres en términos semejantes á los que empleaba la prensa del dictador.

II

Fondo obscuro para rojo incendio.—Viaje de Aquiles Serdán y de su hermana Carmen á San Antonio.—Preparativos de insurrección.—Cateo en la casa de los hermanos Roussel; consecuencias.—Los defensores.—Justicia del primer tiro.—En plena calle.—Cinco ciudadanos y un niño, seis hombres más.—Los héroes.—20 contra mil.—Fausto Nieto.—Los radios de la muerte.—Adolescente sublime.—Las heroínas.—¡Abandonados!—Terrible combate.—Aquiles medita...—El escondite.—Hazaña de esbirro.—Joaquín Pita ríe.—Asesinos de niños.—Los mártires.—Hienas y grajos.—Resurrexit!

El asunto de este capítulo, es sencillamente épico. No trataremos de justificar el calificativo; ya lo ha sido por todas las versiones, aún las falsas y mal intencionadas, y si nuestra pluma no es capaz de trasladar al papel el sangriento drama que inmortalizó á los Serdán, sí puede el lector tener la seguridad de conocer aquí la verdad en toda su grandiosa sencillez.

Tal vez en ninguno de los Estados de la República, la tiranía fué tan despótica, tan sanguinaria, tan alevosa, y al mismo tiempo tan degenerada y brutal, digámoslo de una vez, tan miserable, como en el Estado de Puebla. El espíritu sombrío de la dictadura tomó formas horribles en Mucio P. Martínez, en Miguel Cabrera, en Joaquín Pita y en Machorro. Sirvieron estos hombres admirablemente de fondo obscuro al épico fulgor de la tragedia, les pertenece la inmortalidad de este verso: la sombra que hace resaltar la estrella.

Así se explica cómo el Estado de Puebla fué de los más ardientes anti-reeleccionistas, y cómo desde sus primeras giras el Sr. Madero fué recibido allí como el esperado salvador de los oprimidos. La campaña electoral fué en Puebla vivísima, y naturalmente las persecuciones y los atentados llegaron también á su máximo.

Aquiles Serdán—véase su biografía al fin de este libro—fué el jefe del anti-reeleccionismo en Puebla. Concluída la campaña electoral, Serdán, por indicación del Sr. Madero, fué á Texas. Este viaje estuvo lleno de peripecias: como la policía vigilaba constantemente su casa, y gravitaban sobre su cabeza propósitos siniestros, dentro de un cajón lo llevaron á la casa número 6 de la calle de Santo Domingo; estuvo allí quince días oculto, y después, perfectamente disfrazado, de moreno convertido en rubio, salió el 5 de agosto para los Estados Unidos: en octubre conferenció con el Sr. Madero en San Antonio, recibió el nombramiento de jefe de la revolución en Puebla y Tlaxcala, y regresó al país. En San Luis Potosí reunióse un joven anti-reeleccionista, llamado Fausto Nieto, y en la capital su hermano, Máximo Serdán; entregó á los Sres. Robles Domínguez y Cosío Robelo los manifiestos en que el Sr. Madero invitaba al país á la revolución, y el 29 del mismo octubre llegaba á Puebla.

Durante la ausencia de Aquiles, su hermana la señorita Carmen quedó encargada de la correspondencia, de dar instrucciones á los correligionarios, etc.; pero como la fecha de la insurrección general se aproximaba, y los conjurados de Puebla, al igual que los de la capital, no contaban ni con el dinero ni las armas suficientes, la señorita Carmen, decimos, con admirable valor, dados los peligros que la acechaban, emprendió un viaje á San Antonio; en el camino cruzóse con su hermano Aquiles, que regresaba de ver al Sr. Madero, y ya en la ciudad norteamericana cumplió la misión que se le confiara. A su regreso, entregó al Ing. Robles Domínguez una cantidad de dinero para la compra de armas, y otra, con igual objeto, dió á su hermano Aquiles, quien acompañado del joven Nieto hizo la primera compra de armas, y por intermedio de los hermanos Rousset, conocidos anti-reeleccionistas, la segunda.

Como se ve, la familia Serdán no podía abrazar con más calor la causa de la Revolución. Todos, en aquella casa, parecía como que quisiesen ofrendar cuanto antes sus vidas en aras de la libertad. Sin embargo, y esto es instintivo en toda esposa y madre, la señora doña Filomena del Valle, esposa de Aquiles, suplicaba alguna vez á éste que no dejara á ella desamparada y á sus hijos en la orfandad. Aquiles, con una serenidad y entereza dignas del gran Morelos, contestó á su atribulada esposa:

{—«Más valiosa que el porvenir de nuestros hijos

«y que el bienestar de mi familia, es la libertad de un pueblo. Si sucumbo, recompensado seré con que mis hijos no crezcan en el medio de opresión en que han nacido, y, cuando menos, les legaré un nombre «honrado».

El día 16 de noviembre, ya estaban repartidos, entre los jefes de los obreros, las armas y municiones, y las órdenes para atacar á Puebla simultáneamente el domingo 20 de noviembre. De estas y otras muchas atenciones del caso se ocuparon en aquellos días, Aquiles y sus allegados, muy principalmente, sus hermanos Máximo y la señorita Carmen, y el intrépido y talentoso Nieto.

Sin embargo, la noticia de haberse descubierto el complot en la capital y verificado los arrestos de que dimos cuenta en el capítulo anterior, y más aún el cateo de la casa de los hermanos Rousset, Rafael, Antonio y Benito, cateo que no tuvo los resultados que la policía deseaba, aunque los tres fueron aprehendidos, hicieron cambiar á Aquiles en su determinación de atacar á Puebla el día 20. Sabía que de un momento á otro podían caer sobre él y desbaratar de un golpe sus atrevidos planes. Estas circunstancias apresuraron los acontecimientos.

El jueves, 17 de noviembre, Miguel Rosales dió aviso á la familia Serdán de que al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, la policía presentaría á efectuar un cateo. Inmediatamente dictó Aquiles un dispositivo de defensa en la casa que ellos ocupaban, sita en la calle de Santa Clara, y de ataque en diversos puntos de la ciudad: el día siguiente, al mismo tiempo que la policía atacara la casa de Serdán, los revolucionarios que poseían rifles, emprenderían el asalto á la Penitenciaría; los que sólo estaban armados con pistolas, debían posesionarse de las torres de Santa Clara, Santa Teresa y San Cristóbal.

¿Quiénes y con qué elementos iban á desafiar, desde la casa, las iras del dictador? Sobre esto se han escrito muchas inexactitudes; nosotros vamos á decir la verdad.

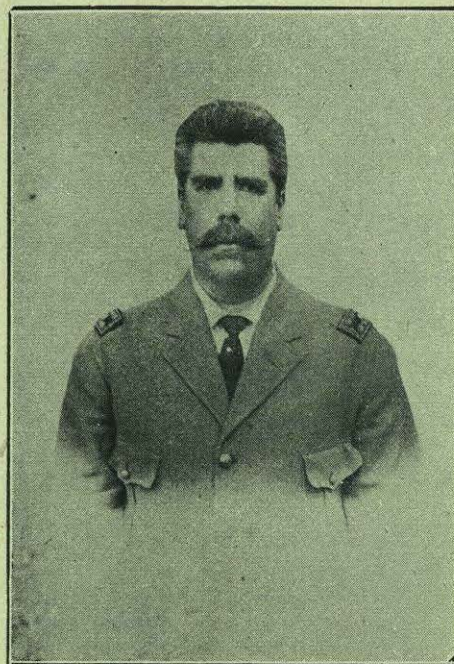
Estaban dentro de la casa Aquiles y su hermano Máximo; Fausto Nieto; Manuel Velázquez; Epigmenio Martínez; Manuel Paz y Puente; Luis Teisir, Luis Yépez; Martín Pérez; Juan Cano y Clotilde Torres; total . . . once hombres. Había allí tres mujeres: la señora doña Josefa Alatríste, Vda. de Serdán; la señora Filomena del Valle de Serdán y la señorita Carmen Serdán, respectivamente madre, esposa y hermana de Aquiles. Contaban con treinta rifles Winchester, veinte Remingtons, sesenta pistolas de di-

versos modelos y calibres; treinta y tantas bombas improvisadas con perillas de caña y confeccionadas violentamente el mismo día 17, y algunos millares de cartuchos. En la tarde se dictaron las siguientes disposiciones: Aquiles defendería la planta baja de la casa, él solo; Máximo con ocho hombres, las azoteas; Fausto Nieto se encargaría de lanzar las bombas; las mujeres quedaban para donde se necesitara su ayuda. Se apostaron varios centinelas durante la noche, y al amanecer cada soldado de la libertad estaba en su puesto.

Serían aproximadamente las siete y media de la mañana, el viernes 18 de noviembre, cuando Miguel Cabrera, jefe de la policía, y su segundo, Miguel Fregoso, al frente de un pelotón de gendarmes, se presentaron en la casa de los Serdán á efectuar el anunciado cateo. Cabrera avanzó por el cubo del zahuán, y al ver á Aquiles sacó la pistola, pero, éste se hallaba prevenido, echóse el rifle á la cara, y un certero disparo, que hizo blanco en la frente del policía, acabó con la vida de crímenes y felonías de Miguel Cabrera, el mismo que tan triste celebridad obtuvo desde el asesinato de Arnulfo Arroyo. Tan pronto como vieron caer á su jefe, los agentes se dispersaron aturridos en todas direcciones, procurando ganar cuanto antes la salida de la casa. Esto no lo pudo lograr Fregoso, quien desde luego quedó prisionero. Alguien, desde arriba preguntó: —¿Aquiles, disparo sobre él?—No; éste, al menos, no ha sido tan sanguinario con el pueblo. Acto seguido se condujo á Fregoso á una recámara y se le ató sólidamente á una cama.

Como veinte minutos después de estas primeras escenas, numerosas fuerzas de policía desembocaron por las calles de Santa Clara y El Espejo. Aquiles, posesionado de una de las ventanas bajas del edificio, inició un fuego terrible contra los gendarmes, haciéndolos trasponer las esquinas. En este mismo momento, doña Filomena del Valle de Serdán, y la señorita Carmen Serdán, salieron precipitadamente de la casa, con varias armas en brazos, y en plena calle arengaron á la multitud que había acudido atraída por los disparos: —¡POBLANOS! MUERA LA TIRANÍA!—gritaban enardecidas—¡VIVA LA REVOLUCIÓN! ¡VIVA LA LIBERTAD! Y luego, señalando á donde se hallaban sus compañeros, añadían: —¡POBLANOS! LOS QUE ESTÁN ALLÍ VAN Á MORIR POR EL PUEBLO; VENGAN A AYUDARLES; AQUÍ HAY ARMAS. ¡VIVA LA REPÚBLICA!

EJERCITO LIBERTADOR.



Jefe José de la
Luz Blanco.



Jefe Francisco
Villa.

Y esto exclamaban las que ya eran heroínas, en medio de las balas que los gendarmes les enviaban y que por fortuna no las tocaron. Sólo seis patriotas ciudadanos acudieron á prestar auxilio á los defensores de la Libertad; sólo en sus generosos pechos tuvo eco el llamado violento y solemne de los primeros, los grandes revolucionarios. El pueblo, la inmensa multitud congregada allí, permaneció muda, inmóvil, presa de la estólida curiosidad que siempre la domina.

Hemos dicho que fueron seis los ciudadanos que auxiliaron á Serdán y los suyos. Esto no es exacto: entre ellos había uno que no tenía la calidad de ciudadano: era un niño de trece años de edad, y se llamaba Rosendo Contreras. Sin embargo, como después verá el lector, con él había diez y siete hombres en la casa de Serdán, al desarrollarse la segunda faz del combate; los nuevos combatientes eran: Alejandro Espinosa, Vicente Rey, Miguel Sánchez, Carlos Corona y un desconocido.

Mientras se verificaban estas escenas, Aquiles, desde la ventana baja en que se había colocado, y Máximo y los que se hallaban en la azotea, sostenían un nutrido tiroteo con la policía.

En esto rodearon la casa el Batallón Zaragoza, al mando del Coronel Gaudencio de la Llave, un fuerte destacamento de rurales de la Federación y otro de rurales del Estado, y fuerzas del 17º Batallón y del 1º, comandados por el General Luis G. Valle, jefe de la Zona.

El heroísmo comienza aquí: ¡Mil soldados contra diez y seis hombres, tres mujeres y un niño! La señorita Carmen se reunió á Aquiles en la ventana baja, y mientras uno disparaba hacia la izquierda, la otra enviaba tiros á la derecha; aquella ventana era un vértice de fuego. ¡Ay del que se colocaba dentro del ángulo! De éstos fué el Coronel de la Llave. Carmen reparó en que al frente de varios soldados, en la calle del Estanco de Hombres, un alto jefe militar pretendía entrar al Hotel Barcelona, y lo indicó á su hermano; Aquiles disparó, y el Coronel de la Llave, herido en el vientre, cayó agonizante; tiempo después curó de la grave herida.

Aquiles, según hemos dicho, había ordenado á algunos de los conjurados que se posesionasen de las torres de Santa Clara, Santa Teresa y otras. La orden no fué cumplida y, aunque tarde, quienes las tomaron fueron los soldados del gobierno. El combate había sido rudo; entonces fué terrible. Una tempestad de balas cayó sobre los defensores de la Libertad, haciendo los primeros muertos y heridos. El joven Nieto, lívido de cólera, indignado, soberbio, contestó con las improvisadas bombas; algunas no

explotaron, pero las demás causaron destrozos tremendos en las filas de los sitiadores. ¡Ah, es preciso saber siquiera cómo se lanza una bomba para comprender lo que es luchar con ellas en un combate, con el enemigo á treinta metros de distancia!

De pronto, un numeroso grupo de soldados coronó la azotea de la casa que daba frente á la de Serdán. Aquiles abandonó su primitiva posición, y se instaló en un balcón lateral del piso alto; desde allí, cada bala derribaba un soldado de los que subían á la azotea.

La señorita Carmen consideró que Máximo y sus hombres debían encontrarse ya escasos de parque, y subió á llevarlo. Las azoteas de la acera opuesta y las vecinas torres que dominan la casa, habían sido por completo invadidas por las fuerzas del gobierno; los héroes..... caían. Carmen bajó. La señora su mamá y la esposa de Aquiles cargaban armas y alistaban parque.—No atendían á los heridos; ¿para qué? ensangrentados, desfallecidos, pálidos, continuaban luchando..... hasta morir. Rosendo Contreras subía armas de repuesto; cargaba, disparaba, volvía por armas y parque, y ¡fuego! en los radios de la muerte. ¡Adolescente sublime! Doña Carmen Alatríste, madre de Aquiles, fué á donde éste se batía, serenamente, magnífico: “Ya ves, no ocuparon las torres..... nos han abandonado, pon bandera blanca.....” “No, replicó el héroe.—*Antes que rendirnos, muramos todos!*” Nuevamente subió Carmen á la azotea: sólo quedaban allí, combatiendo denodadamente, desesperadamente, Máximo Serdán y tres de sus hombres; Fausto Nieto estaba entre los muertos; el niño héroe había desaparecido. Carmen sirvió entonces de blanco á los soldados que se habían apostado en las torres de Santa Clara; una granizada de balas cayó sobre ella, y Carmen, herida en la espalda, bajó acompañada por dos de los compañeros de Máximo. A uno de éstos ordenó Aquiles que llamara á Máximo y á los que quedaran, á fin de prolongar la resistencia; aquel valiente subió, y un momento después descendía cubierto de heridas, á agonizar en el corredor. Por tercera vez la señorita Carmen iba á subir, cuando, de súbito, una larga hilera de *shacots* coronó los pretilos que daban al patio. Ya no quedaba un héroe en la azotea: ¡todos habían caído, atravesados por los terribles radios de la muerte!

En este instante del combate, Aquiles había vuelto á su primera posición en la ventana baja, á fin de impedir que los asaltantes, resguardándose con las paredes, penetrasen por la puerta principal.

Carmen fué á noticiar á su hermano lo que pasaba. Aquiles cesó su fuego. Entre tanto, los soldados, desde los

pretilos interiores, y otros que al fin entraron por la puerta principal, barrían el corredor con un huracán de balas, rematando á los moribundos. Los federales apostados en la casa de enfrente hacían un fuego terrible sobre los balcones y ventanas, destrozando el mobiliario de la sala. Carmen propuso á su hermano que reanudaran el fuego contra los de la acera opuesta, hasta quemar el último cartucho ó hasta morir.—“Dejémoslos—contestó Aquiles—no hay entre ellos ningún jefe, y además.... tienen familia á quien hacerle falta; los sacrificaríamos inútilmente. ¡Ah, si con eso fuéramos á ganar la causa!.....” En aquella sala, y en ese momento, por la última vez, Aquiles estuvo al lado de las que eran su madre, su esposa, y su hermana.—“Aquellos fueron los últimos instantes—nos dice la heroína Carmen Serdán—que estuvimos reunidos los supervivientes de aquel drama; observé que mi hermano medita profundamente.....” Afuera estallaba terrible la fusilería de las tropas; los soldados se batían á diestra y siniestra..... contra las paredes desnudas, contra el cielo *impasible y puro*”

“De pronto—continúa la señorita Serdán—, como to-
“mandó una violenta resolución, Aquiles nos dijo: Puede
“que no hayan conseguido organizarse; puede que, en la
“noche, cumplan mis órdenes.... Necesito sobrevivir para
“que no queden sin jefe....”—Y se dirigió á la recámara, reparó en la presencia de Fregoso; trasladó á éste al cuarto de baño y lo ató. Regresó á la recámara. El escondite era una especie de sótano casi á flor de tierra, donde difícilmente cabía un hombre; disimulado con tablas, alfombra, etc.: Aquiles dió á su esposa el encargo de avisar á los correligionarios que no había muerto, y que aún los esperaba.—¿No te ahogarás ahí?—le preguntó su esposa.—Viviré aquí dos ó tres días, si es preciso.—Después de esto, la señora Alatríste, viuda de Serdán, y la señora esposa de Aquiles, cubrieron perfectamente el sótano.

Eran las once y tres cuartos de la mañana. Los soldados recorrían las piezas acribillando muebles y espejos..... ¿disparaban contra sus propias imágenes? No es dudoso.

“¡Cobardes!—exclamó la señora de Serdán.—No tengan
“miedo: no estamos aquí más que tres señoras.”

Por fin, los soldados, dando tres pasos al frente y tres á retaguardia, se decidieron á entrar.—“Malditos,—les dijo
“la señora Alatríste de Serdán—ustedes han matado á mi
“hijo!”

Uno de los esbirros alzó el rifle, y lo puso en la frente á la señora viuda, quien pretendió resguardarse tras de un ropero.—“¡Madre, no te escondas!”—le gritó Carmen. Y luego, dirigiéndose á los soldados:—“Tiren sobre mí! ¿No

quieren matar?—Vean cómo no somos tan cobardes como ustedes!”

Entre soldados y rurales entraron el General Valle y Joaquín Pita; tomaron prisioneras á las tres damas; les pusieron centinelas de vista; y condujeron á Fregoso á la sala. A éste lo procesó después el gobierno [por haber sido perdonado por Aquiles!

Regresó el General Valle, y amenazó á las prisioneras con matarlas (sic) si no le entregaban á Aquiles. Joaquín Pita—el autor, entre otros muchos, de los atentados del 15 de mayo—buscaba furiosamente á Serdán; como fueron vanas sus pesquisas, volvióse á las damas prisioneras, y con hipócrita sonrisa les ofreció *su automóvil para conducir las á su propia casa*. Esto ocurría en una estancia próxima á aquella en que oculto se hallaba Aquiles, y á fin de que no llegara á oídos de éste el altercado, cedieron. En el zahuán, Pita y su ayudante Galindo empujaron ferozmente á la señora esposa de Aquiles. Carmen les lanzó una mirada terrible. No se necesitaba más: los dos esbirros se arrojaron sobre la señorita Serdán, trataron de arrebatárle lo que suponían era una pistola; no la tenía: era una faja con la cual habíase vendado la reciente herida.

Ya en la calle, Pita llamó un coche de alquiler, y en medio de mofas y risas, les dijo: “Ahí está su automóvil!” Y con una guardia de rurales las hizo llevar á la cárcel.

Dijimos que el niño Contreras había desaparecido. Cuando caían los últimos que defendían la azotea, se deslizó, bajo un fuego graneado, al interior de la casa contigua; un grupo de soldados lo perseguía tenazmente, disparando sobre él. Escabulléndose, logró ocultarse en un cajón, lo que primero encontró; pero sus perseguidores le siguieron la pista, lo sacaron de su refugio, y á pesar de sus suplicas y lamentos, lo mataron.

La lucha había terminado, con diez y seis bajas por parte de los defensores de la Libertad y ciento cincuenta por la del gobierno. Una guardia de cincuenta hombres quedó en la casa de Serdan, y como al comenzar la noche los centinelas oyeran ruidos sospechosos (1), dieron parte de que en un subterráneo había muchos hombres ocultos. Los retenes fueron aumentados. Ruidos sospechosos.....eran de la caballeriza de una casa antigua.

Llegamos al epílogo de la tragedia. Hay dos versiones: una, sin explicar cómo, dice que uno de los centinelas descubrió á Aquiles, y que habiendo dado aviso á Mucio P. Martínez—tirano de Puebla,—éste ordenó que lo mataran, lo que efectuaron sentando á Aquiles en una silla y disparándole varios tiros á boca de jarro. La otra versión, máe autorizada y extendida, es que como á las dos de la ma-

ñana, Aquiles tosió, lo que fué oído por uno de los guardias, que levantó la tapa del escondite; Aquiles semi-incorporado, dijo: ¡Soy Aquiles Serdán!” Inmediatamente el guardián disparó sobre él dos veces: un tiro en el cráneo, que salió por la barba, y otro en la sien; sacáronlo del escondite y lo tendieron en la mesa del comedor. Aun cuando no es cosa probada, sábese que el cadáver del héroe fué repugnantemente profanado. Arrancáronle papeles, dinero, reloj, cuanto de valor encontraron, robo que pasó á poder de Joaquín Pita. ¡Hazaña digna de hienas!

Por orden del gobierno la casa continuó custodiada. Fué el festín de los grajos: ¡la soldadesca robó muebles, alhajas, ropa, todo, hasta menesteres de cocina! y lo que no se llevaron lo hicieron pedazos.

Al día siguiente, y con toda intención de escarnio, Mucio P. Martínez mandó exhibir el cadáver de Aquiles Serdán. ¡Insensato! Exhibir al mártir ante la República entera, era llamar el rayo de la Revolución sobre el trono de la dictadura!

La familia de Serdán estuvo presa, en el hospital,—á causa del delicado estado de la esposa de Aquiles—desde el 18 de noviembre, hasta el 5 de mayo de 1911. Hoy viven en la misma casa—la calle se llama, ahora, de Los Mártires—custodiadas por el respeto y la veneración de todo el pueblo mexicano.

Acabamos de relatar lo escrito, y... ¡qué pálido y exangüe es el relato que dejó la pluma! Arido como la verdad matemática es lo apuntado, porque todo, aun las frases puestas en bocas de los protagonistas, es rigurosamente exacto, completamente fiel.

“Rumor de catástrofe, dice un poeta colombiano.—Cayo Graco muerto bajo el pórtico y la multitud rugiendo en torno; Espartaco sagitario que cae bajo un diluvio de flechas; guante de Conradino al rostro del verdugo.....”

Ah! Retrocédese un año, núblase el horizonte de la patria, silban las balas, y óyese gritar desesperadamente: “Poblanos.....muera Porfirio Díaz! ¡Viva la República! ¡Por tí, pueblo, van á morir.....!”

Y el pueblo permanece impávido; huyen los correligionarios, y quedan, abandonados, terribles, veinte paladines del Derecho contra mil esbirros de la dictadura. ¡Bandada de águilas contra nube de buitres!

Los adalides se hicieron héroes.

Las mujeres suliotas, después de Misolonghi, se arrojaron, en danza macabra, de un sólo golpe, al abismo. Sacri-

ficio inútil. Las heroínas de Puebla lucharon frente á frente, sin rendirse.....y sin morir! ¡Página de sangre y oro para la historia universal!

¡Pluma del gigante Hugo! La epopeya de la calle Chanvrerie, grandiosa, fué sublime en la calle de Santa Clara, porque aquella no tuvo heroínas como la familia Serdán.

La barricada de Saint Denis resurgió en Puebla el 18 de noviembre de 1910. Enjolras, Courfeyrac, Combeferre..... todos estaban allí, en Aquiles, Fausto y Máximo; hasta Gavroche, en Rosendo Contreras. No resucitaron el tío Mabeuf ni el ebrio Grantaire; pero estaban allí Josefa Alatrisme, Filomena del Valle y Carmen Serdán, que valían mucho más. La entereza no fué menor: ¡Viva la muerte! exclamaron al ver que los soldados ocupaban las torres donde esperaban ver á sus correligionarios.

Manuel Velázquez, herido; Fausto Nieto, blanco de diez fusiles; Máximo Serdán, acribillado, y su cadáver desaparecido; Aquiles y el adolescente Rosendo, sin vida; todos muertos ó cobardemente rematados desde la azotea. Carmen, esplendente en su sagrada indignación, desafiando á la muerte; la madre y la esposa de Serdán, con valor inaudito, sobreviviendo á su propio estoicismo.

¡Paz á los patriotas muertos por la libertad de un pueblo! Canten las lirás la helénica tragedia, y la gratitud nacional caiga en flores sobre las tumbas de los Mártires!

¡Sombra de Aquiles Serdán!

De noche, empurpúrase el cielo, se enrojecen los astros, y el alma pensativa del Gran Revolucionario, alza el vuelo y cruza majestuosamente, hacia la enhiesta cumbre del Ixtaccíhuatl, águila en marcha hacia los immaculados limbos de la libertad absoluta!.....

III.

El insulto oficial.—Movimientos pre-revolucionarios.—El Club Anti-releccionista de Torreón.—Toribio Ortega.—En San Isidro.... —El 20 de noviembre de 1910.—Ataques á Parral y á Gómez Palacio.—Fracaso en Piedras Negras.—Sitio y rendición de O. Guerrero.—Los primeros combates entre federales é insurrectos.—La prensa de la Capital.—El silencio de las bayonetas.

En los días 19 y 20 de noviembre, la República entera, muda de asombro y de recóndita alegría, enviaba sus miradas á la ciudad de Puebla. ¡Ah, se decía en voz baja; aún hay hombres en la patria de Cuauhtémoc, y aún hay mujeres que parecen hombres!

La calumnia oficial se arrastró sobre el inmenso pantano de la dictadura, intentando extender las torpes alas:

Y, circunstancia grave: ninguna voz alzóse en defensa de los mártires. Era porque las cláusulas justificadoras iban á venir en acero y á ser rubricadas con la sangre de nuevos mártires.

No hemos de recordar las supercherías urdidas por la prensa capitalina, puesto que la verdad está allí en el anterior capítulo, y para siempre. Esto no es obstáculo para asentar lo que sigue.

El insulto académico fué impotente. Pesado y burdo, no alcanzó al poderoso espíritu de Serdán en su vuelo firme y recto, hacia la inmortalidad; quedó abajo, más densamente negro para fondo de gloria más brillante.

No mucho tiempo después de la muerte de Aquiles, un reportero de prensa asalariada publicó cierto folleto llamado los «Los Sucesos de Puebla.» La soldadesca profanó el cadáver del gran revolucionario; el reportero quiso manchar la memoria del mártir. Ni la tocó siquiera.

El atentado se hizo justicia á sí mismo.

No satisfizo á la dictadura la muerte de Serdán y sus heroicos amigos. Las persecuciones se recrudecieron; formá-